

LA POLITICA INTERNACIONAL EN LOS MESES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1957

TENSION ENTRE ESTE Y OESTE Y CRISIS ATLÁNTICA.

Todo el mes de noviembre ha estado caracterizado por la crítica situación que atraviesa la alianza atlántica, al propio tiempo que por los esfuerzos desplegados por algunos de los hombres más representativos del mundo occidental para superar el difícil y peligroso momento. Pero dos cosas han de ser debidamente subrayadas. En primer lugar, que la crisis de la cooperación occidental, que ha alcanzado su grado más alto con ocasión de la retirada de la delegación francesa de la Conferencia parlamentaria de la O. T. A. N., viene acusándose hace tiempo, y sólo ahora, al ser observada teniendo como fondo las espectaculares pruebas que de su adelanto técnico y científico ha dado la Unión Soviética, aparece como más grave y peligrosa. En segundo lugar, que esa misma mayor gravedad y la prolongación de una situación de desarmonía y reticencia, privando los intereses de las políticas particulares sobre los de la alianza, tienen como único aporte positivo hacer más y más evidente la interdependencia de los países occidentales, no sólo con fines defensivos, y la urgente necesidad de que los Gobiernos orienten su acción partiendo de bases realistas.

Los esfuerzos arriba aludidos son prueba, en todo caso, de que Washington, Londres y París tienen conciencia de esto, aunque no por ello deje de plantearse una y otra vez el conflicto entre las distintas políticas. El viaje a la capital norteamericana del primer ministro británico, MacMillan, acompañado de su ministro de Asuntos Exteriores, está enteramente en la línea de estas preocupaciones, como queda perfectamente claro del contenido de la declaración de objetivos comunes publicada al término de las conversaciones. Se celebraron éstas entre los días 23 y 25 de octubre y en ellas el presidente Eisenhower y el primer ministro MacMillan pasaron revista a la compleja situación presente, al parecer inspirados por un propósito central: inaugurar una nueva etapa en las relaciones occidentales sobre la base de una amplia colaboración.

Esta conferencia de Washington sirvió, pues, ante todo, para dar algún alivio al llamado mundo libre, al presentar las dos principales potencias dispuestas a una estrecha colaboración, facilitando así la creación de una voluntad común y sin fisuras como la que Occidente necesita para oponerse a la gran ofensiva desplegada por Moscú. Puede decirse que las entrevistas Eisenhower-MacMillan fueron los primeros actos preparatorios de la Conferencia atlántica que al mes siguiente debía celebrarse en París. Y en este sentido está perfectamente explicada la asistencia a algunas de las conversaciones del secretario general de la Organización, Spaak. Uno de los puntos tratados en Washington fué el de la necesidad de impulsar en el seno de la O. T. A. N. el desarrollo de las investigaciones científicas, así como la colaboración a este respecto entre las potencias atlánticas. En la declaración de intenciones con que se puso fin a las conversaciones los puntos 2.º y 3.º hacen expresa alusión a esto. Se propone en el segundo que los representantes británico y norteamericano en el Consejo atlántico propugnen "un mayor esfuerzo en el seno de lo Organización en cuanto a las investigaciones y los desarrollos científicos en apoyo de una mayor seguridad colectiva y de una expansión de las actuales

actividades de las fuerzas que trabajan en este campo, en base a la decisión tomada en el pasado diciembre por el Consejo. El punto tercero precisa que "el presidente de los Estados Unidos pedirá al Congreso enmiende la ley sobre energía atómica, en el sentido que sea necesario y deseable, para permitir una estrecha y fructuosa colaboración entre los científicos y técnicos de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos y de otras naciones amigas". Más adelante, en el punto 8 de la declaración programática, se insiste en la absoluta necesidad de la colaboración atlántica: "Reconocemos que nuestros esfuerzos por la seguridad colectiva deben ser apoyados y reforzados por una acción económica cooperativa."

Bien que de este modo la conferencia de Washington se limitó a sentar una serie de buenos propósitos, no puede escatimarse su importancia teniendo en cuenta que significaba que las potencias occidentales tenían conciencia de lo que el momento exigía, y sólo faltaba que en los meses inmediatos esos propósitos fueran pasando al terreno de los hechos.

Pocos días después, con ocasión de conmemorar el 40 aniversario de la Revolución de Octubre, pronunciaba Kruschev el 6 de noviembre ante el Soviet Supremo un larguísimo discurso, según su costumbre, en el que se contenía una amplia descripción de los propósitos soviéticos tanto en política internacional como en política interior. Al puntualizar los objetivos de la política de Moscú, Kruschev quiso alardear de una gran seguridad y firmeza, como estableciendo un contraste con el carácter dubitativo e incoherente de la política occidental. Esta actitud soviética, de la que tantos ejemplos podrían traerse a la memoria, se encontraba ahora reforzada por el éxito obtenido en el lanzamiento de los satélites artificiales. En efecto, tres días antes, Radio Moscú anunció al mundo la existencia de un segundo *Sputnik*, esta vez de mucho mayor peso (media tonelada), y albergando en su seno una perra que serviría para facilitar a los científicos importantes datos acerca de las reacciones orgánicas producidas por el lanzamiento y la permanencia en el espacio del satélite. Este acontecimiento singular daba a Kruschev una mayor euforia y seguridad al arrojar a la cara de los occidentales los objetivos que la U. R. S. S. estaba dispuesta a conquistar o a mantener, y de aquí que no sea de extrañar el que en todo el discurso no se pueda encontrar una sola frase que permita interpretarse como deseo de ceder algo de las propias posiciones para hacer más viable el acuerdo con Occidente. La formulación de los propósitos pacifistas de la Unión Soviética van seguidos de una acusación firme y tenaz del imperialismo occidental. Interesa destacar que para Moscú, según se desprende de este discurso, la ocasión es enteramente propicia a provocar un diálogo directo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en materia de desarme, como supuesto previo para llegar a una reunión de los representantes de las principales potencias.

Después de un discurso de esta naturaleza, en el que la firmeza de propósitos soviética era la nota dominante, cobraron el mayor interés las inmediatas reuniones atlánticas que debían celebrarse en París. En primer lugar la III Conferencia parlamentaria de la O. T. A. N. Del 11 al 16 de noviembre se reunieron en el Palacio Chaillot 181 parlamentarios de quince países. Esta asamblea parlamentaria importaba no tanto por sí misma como por la próxima Conferencia de Ministros del Pacto que debía inaugurarse en la misma capital francesa el 16 de diciembre. En ella se iba a conocer cual era el clima de preocupaciones de los representantes parlamentarios de la gran alianza occidental, y, también, el espíritu que dominaba en orden a la cooperación de todos los países interesados. Temas como el de la política militar en la era nuclear o el de la naturaleza y límites de la solidaridad política entre los miembros de la O. T. A. N., bastaban para acreditar la atención concentrada con que los observadores internacionales iban a seguir el curso de las sesiones. Pero sobre todo una cosa estaba en el tapete: la voluntad de solirialidad de los Gobiernos atlánticos. Y es aquí donde la Conferencia se quebró como consecuencia de un hecho que no podía preverse. Nuevamente entraron en colisión las políticas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. No se trataba ahora de una operación combinada como la de Suez, que tanta repercusión tuvo en las relaciones entre los países de la O. T. A. N. Se trataba simplemente del suministro de armas a Túnez, cuestión que se venía arrastrando desde septiembre, cuando Burguiba puso en conocimiento de los occidentales que si por ellos no le eran facilitadas las armas que necesitaba su ejército

de 3.000 hombres, las buscaría en el sector comunista. Los Estados Unidos, aun a riesgo de levantar las protestas francesas, se manifestaron favorable a complacer la petición de Burguiba, en la creencia de que así Túnez no se convertiría en otro Egipto, armado a cuenta de los soviéticos. Francia, como era natural, vió siempre mal el envío de un armamento que peligraba, con gran probabilidad, pasar a manos de los rebeldes argelinos. Por ello quiso que la cuestión fuera planteada en la conferencia franco-tunecina. Pero estas negociaciones fueron demoradas una y otra vez. La presión anglo-norteamericana logró que fuera definitivamente fijada la fecha 12 de noviembre para la conferencia franco-tunecina. Si para entonces no se había resuelto la cuestión del suministro de armas a Túnez, la Gran Bretaña y los Estados Unidos procederían a enviar directamente armas. El día 14 de noviembre, en fin, un avión británico y otro norteamericano salían en dirección a Túnez con el primer cargamento "simbólico". La reacción francesa fué inmediata y violenta. Se interpretó el gesto como una manifestación de enemistad a Francia, y la delegación gala en la III Conferencia parlamentaria abandonó las sesiones. Gaillard calificó lo ocurrido de "gesto hostil a Francia" y fijó tres condiciones para que la situación fuera restablecida: que se renunciara por los angloamericanos a enviar más armas a Burguiba; que Londres y Washington apoyaran a Francia en la O. N. U. con ocasión del debate sobre Argelia, y que se garantizara en el futuro la solidaridad atlántica.

Fué cierto, en todo caso, que la medida tomada por los Gobiernos inglés y norteamericano y la reacción francesa pusieron al descubierto la fragilidad de esa solidaridad más pregonada que practicada. La divergencia de puntos de vista, diríamos mejor de sensibilidad frente a los acontecimientos internacionales, dió al traste una vez más con aquella unión de voluntad que el mundo occidental sabe que necesita para hacer frente con éxito a la amenaza del compacto bloque comunista.

A este acontecimiento se siguió un intensa actividad diplomática. Pineau viajaba a Washington, donde se entrevistaba con Dulles los días 19 y 20 de noviembre. A la misma capital norteamericana acudía von Brentano los días 23 y 24 y MacMillan conferenciaba en París los días 25 y 26. Se consideró necesario proceder a contactos directos para encontrar una solución airoa a una situación particularmente sensible por la celebración, ya muy próxima, de la Conferencia de Ministros de la O. T. A. N. Ante las reclamaciones de Pineau, Dulles accedió a no realizar nuevos envíos de armas a Túnez, sin contar previamente con el Gabinete de París y sin que también previamente no se dieran garantías de que las armas que eventualmente se enviaran no fueran a parar a manos del F. L. N.

Era de suponer que el clima creado por este incidente repercutiera de manera considerable sobre la conferencia de París. Este órgano supremo del Pacto del Atlántico se encontraba situado ante la ineludible necesidad de llegar a conclusiones prácticas en orden a hacer real aquella interdependencia occidental, platónicamente reconocida por la declaración de Washington. El día 19 terminaban sus trabajos los Ministros reunidos con una *Declaración de principio* y un *comunicado* en el que se recogían en 36 puntos los resultados de la Conferencia. Los países atlánticos aparecen en estos documentos decididos a poner fin a una etapa y a abrir otra. La nueva será la de la unión y la cooperación total. De aquí que la Conferencia celebrada en París del 16 al 19 de diciembre sea posiblemente una de las más importantes de la Organización y, en todo caso, a ella habrá que referirse en el futuro para interpretar debidamente las decisiones de la política occidental.

SIEMPRE EL PROBLEMA DEL DESARME.

La evolución del permanente problema del desarme está en directa relación con la tensión entre Este y Oeste y la crisis de la cooperación occidental. En el seno de los debates de la Asamblea y de la Comisión Política, la Unión Soviética orientó la cuestión del desarme en el sentido de plantear la necesidad de que la Comisión se ampliase hasta comprender a los 82 miembros de la Organización. Los Estados Unidos y sus

aliados se opusieron decididamente a esta propuesta soviética, y la polémica ha desembocado por fin en la decisión soviética, anunciada por Kuznetsov, de retirarse. El 14 de noviembre la Asamblea aprobó una resolución de la Comisión, según la cual se decidía que el Subcomité de los Cinco fuera de nuevo convocado sobre la base de un plan que no difería gran cosa del presentado en Londres el 28 de agosto. El día 19 la Asamblea procedió a la votación de los proyectos que le habían sido sometido. Uno, presentado por la India, el Japón, Canadá, Suecia y Paraguay para la ampliación de la Comisión hasta el número de catorce países; otro, el soviético, que pretendía la incorporación total de los países de la Organización. El primero fué aprobado por 60 votos contra 9 y 11 abstenciones, y el segundo rechazado por 46 votos en contra, 9 favorables y 24 abstenciones. Con arreglo al texto aprobado, la Comisión ampliada hasta el número de catorce deberá reunirse el día 1º de enero de 1958, iniciándose así una nueva etapa en las conversaciones para el desarme. Pero como quiera que la Unión Soviética está decidida a no participar, no puede explicarse bien el valor práctico de esta segunda edición de las conversaciones. Por el contrario, se explica bastante claramente que la U. R. S. S., jugando siempre con el impacto producido por los *Sputnik*, quiere forzar a los Estados Unidos a un diálogo directo para tratar no sólo del desarme en general, sino también de la suspensión de las experiencias nucleares. Se recordará que durante el desarrollo de las conversaciones de Londres esta tendencia al diálogo directo entre las dos superpotencias, que en algún momento apuntó aunque los que discutieran fueran cinco, causó verdadera molestia a los otros países. Si ahora la Unión Soviética busca un posible entendimiento entre los dos Grandes, aprovechándose de las circunstancias, no hay que olvidar que dirige sus tiros también a la solidaridad occidental, punto clave en estos momentos de todo el desarrollo de la política mundial.

LA SITUACIÓN EN EL ORIENTE MEDIO Y EL PROBLEMA ARCELINO.

A comienzos del mes de noviembre la tensión turco-siria continuaba siendo un motivo de preocupación internacional. Siria había denunciado a la Asamblea una situación que decía ponía en peligro su seguridad, acusando a Turquía de agrupar sobre la frontera común importantes contingentes de fuerzas. Esta situación determinó una serie de manifestaciones soviéticas en favor de Siria, al tiempo que ésta rechazaba una oferta de mediación del rey de la Arabia Saudita. Las acusaciones sirias no hacían otra cosa en realidad, que servir a los propósitos soviéticos de intervenir en aquella zona. Si las pretensiones de Damasco hubieran prosperado en el seno de la O. N. U., Moscú se habría apuntado un tanto importante en cuanto a demostrar el carácter belicoso de los países atlánticos, y se habría abierto la puerta para preparar claramente su directa intervención en los acontecimientos del Oriente Medio. En oposición a la petición de Siria, de que fuera nombrada una Comisión de investigación, un grupo de países occidentales propuso que el propio secretario general de la Organización realizara personalmente la investigación. Pero difícilmente hubiera aceptado tal cosa el Gobierno de Damasco, pues se hubiera puesto en evidencia la fantasía de sus acusaciones. Por eso no fué de extrañar que en este caso la Asamblea actuase de disolvente y lo que en un momento pudo ser tenido como causa de temores internacionales, perdió fuerza hasta desaparecer.

Pero la crisis del Oriente Medio continúa en pie porque obedece a causas profundas. La sedicente tensión turco-siria no ha sido mas que un episodio de la guerra fría y una prueba más de que Moscú busca en todo momento la explotación de las mil oportunidades que le brinda para sus propósitos intervencionistas una región tan explosiva como ésta.

Pese a todo, el dinámico secretario general, Hammarskjöld, hubo de trasladarse efectivamente a aquel sector a fines de noviembre, con objeto de resolver una disputa más entre las muchas generadas por la tensión, esta vez real y grave, entre árabes e israelíes. El Gobierno jordano estaba dispuesto a impedir que un convoy de Israel procedente de Jerusalén llegase al Monte Scopus, enclave israelita dentro del territorio jordano. En este enclave se encuentra la Universidad hebrea y un pequeño núcleo de fuerzas armadas israelitas. Jordania acusaba a Israel de utilizar este pintoresco enclave, nacido

de las peculiaridades del armisticio, en un fortín agresivo. Periódicamente, y con autorización del jefe provisional de la Comisión de la O. N. U., coronel Learly, Israel enviaba un convoy al Monte Scopus con fines de abastecimiento, especialmente de carburante. La misión de Hammarskjöld tenía como objeto impedir que lo que en sí no parecía tener demasiada gravedad se convirtiera en germen de un grave conflicto armado entre Jordania e Israel, siempre peligroso, pero mucho más en las actuales circunstancias. El secretario general obtuvo un pleno éxito en su misión, pues gracias a su mediación, Jordania ha autorizado el paso del convoy transportando una reducida cantidad de carburante.

Mucho más grave, el problema argelino sigue estando en la base de la actual tensión internacional, incluso como determinante de la crisis de las relaciones entre las principales potencias occidentales, como hemos visto más arriba.

La conferencia celebrada en Rabat a fines de noviembre entre Mohamed V y el presidente Burguiba determinó el acuerdo para una nueva oferta de buenos oficios entre el Gobierno de París y los nacionalistas argelinos. Argelia es hoy un foco de inquietud que naturalmente preocupa a los más inmediatos vecinos geográficos, y esta preocupación está en la base del acuerdo mediador de Rabat, incluso por encima de las consideraciones de solidaridad norteafricana. Los contactos Pineau-Dulles y el viaje de Mac-Millan a París parecieron otorgar nuevamente a Francia la confianza de las dos grandes potencias occidentales. Las quejas francesas por la falta de cooperación entre los aliados trabajaron en aquel momento en favor de sus propios intereses. Gaillard se encontró frente a una situación que le permitía, con relación a Argelia, establecer una interdependencia entre la necesaria solidaridad atlántica y los intereses galos. Cuando en la primera decena de diciembre se desarrolló en las N. U. el debate sobre Argelia, Francia se encontraba en una situación más favorable que la de pocos meses atrás. El 10 de diciembre la Asamblea aprobó unánimemente una resolución en la que se contenía el otorgamiento de un nuevo crédito a Francia en espera de que de este modo la pacificación podría llegar más fácilmente a poner fin al difícil conflicto. En realidad, después de la agravación de los acontecimientos norteafricanos no podía esperar Francia que el panorama se le presentara tan feliz en el seno de la Organización. Se encuentra el Gobierno de París al comienzo del año ante un momento muy oportuno para poder obrar con habilidad y encauzar lo que parecía insoluble.

El problema de Argelia está ya internacionalizado y, por tanto, Francia debe tener en Argelia como primer objetivo de evitar que sobre su política caiga el anatema del mundo internacional.

LOS ACONTECIMIENTOS DE IFNI.

En el número 34 de esta Revista fué reproducido íntegro el discurso pronunciado por el Ministro español del Ejército ante las Cortes Españolas el día 21 de diciembre acerca de los acontecimientos que se habían iniciado en Ifni a fines del mes de noviembre. Expuso en aquella solemne sesión nuestro Ministro, los antecedentes de una acción atentatoria contra los derechos de España y que dice muy poco a favor de la amigable actitud del Gobierno marroquí con respecto a nuestra Patria y del respeto a sus derechos soberanos. Iniciados los acontecimientos en la noche del 22 al 23 de noviembre, las tropas de la guarnición española se vieron sorprendidas por una agresión en la que efectivamente concurren varias agravantes, especialmente la de abuso de confianza. La reacción española fué inmediata y aunque los puestos menos guarnecidos fueron hechos prisioneros, se consiguió en la sorpresa del primer momento salvar el ataque dirigido contra Sidi Ifni y rechazar, causándole grandes pérdidas, al enemigo. En los días sucesivos el esfuerzo del mando militar se encaminó a localizar el conflicto e ir liberando aquellas localidades que habían sido las víctimas de la inicua acción. El plan trazado se fué realizando poco a poco, pese a las enormes dificultades que la geografía acumula en aquella región. La segunda fase de las operaciones tuvo ya como objetivo, la preparación de una sólida base de operaciones teniendo a Sidi Ifni como núcleo central.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

España pudo, de este modo, contando siempre con el heroico comportamiento de sus soldados, hacerse con la situación y castigar a los agresores. El llamado Ejército de Liberación, verdadera banda de elementos subversivos, ha sido el fácil instrumento de una política que rebasa los límites marroquíes. Pero la conducta del Gobierno de Mohamed V ha sido una dura prueba para España, porque el ataque ha sido preparado en territorio marroquí, con la anuencia de sectores responsables del país, y con el apoyo material y moral de quienes pretendían ser los artífices de una feliz armonía con España, en justa correspondencia con la actitud franca que nuestro país había mantenido cuando Marruecos luchaba por lograr lo que es hoy una realidad.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.